

IV

TENEMOS recopilados, de este modo, el humor como un género, una técnica, una mirada o un condimento, algo supeditado a la narración, algo también que muere cuando se lo disecciona, redondo y etéreo como una pompa de jabón, o una chispa. Como una rebelión contra el poder, la solemnidad y lo establecido. A la postre, un misterio absoluto y algo, en suma, siempre considerado secundario, que se suele tratar con condescendencia, inferior a lo serio. Pero tal vez faltaba una cuestión que había pasado desapercibida y era importante: el humor como algo impremeditado, que surge espontáneamente.

Ya había comprobado que muchas veces el humor característico de un autor no es una decisión deliberada –cuando es así, a veces no es sino un vano intento de pasar por chistoso–, sino algo que sale sin pensarlo. Eso era algo que ya había comprobado conmigo mismo, como he dicho. Como si el propio escritor no pretendiera tener gracia. Como si en realidad estuviéramos confundidos todos los que lo leemos.

Aquí es momento de volver a Jorge Ibargüengoitia –no en vano tiene bastante culpa de este ensayo–, el que sucumbió en aquel avión de Avianca rumbo a Bogotá, como yo había contado en mi novela corta de humor, y quien reconoció en una entrevista su gran preocupación de que le tomaran por un autor satírico o humorístico y, en muchas ocasiones y encuentros con sus lectores, insistió en que su humor no tenía que ver con una decisión deliberada.

Cuando estoy escribiendo una novela no tengo intención de que sea satírica. Todo lo que escribo es satírico porque soy así. Si usted lee cualquiera de mis artículos diría que son satíricos, pero yo no estoy tratando de que sea así, sino que yo así veo el mundo, no puedo cambiar.

Luego, respecto a uno de sus libros iniciales que le dio justa fama, *Los relámpagos de agosto*, Premio Casa de las Américas en 1964, señala que al escribirlo y leerles el primer capítulo a sus amigos Manuel Felguérez y Lilia Carrillo, estos opinaron que era demasiado chistoso. Entonces Ibargüengoitia se enojó tanto que guardó el capítulo en el cajón durante meses.

Más tarde, en 1978, Ibargüengoitia se duele de que hasta la fecha no ha leído una crítica sobre su obra que le haga decir: “Este señor entendió realmente lo que dije”, y ello, añade, “no porque estoy tratando de decir cosas complicadas, sino porque mis libros no se leen con atención, en parte porque se supone que son chistosos”.

Es como si la voluntad del autor contara poco a la hora de escribir. Como si el estilo descendiera desde algún lado o brotara de lo más profundo de un autor *a pesar suyo*, de tal forma que hiciera a este irresponsable de lo que escribe. “Nació sarcástico y murió sarcástico. Lo que otros llaman sentido del humor era en él una tara congénita”, escribió de él su compatriota Juan Villoro.

Recordé también aquello de Eduardo Halfon de que “el género es quien te elige a ti”. Esta idea recurrente, la de que uno es, hasta cierto punto, irresponsable de la forma en que escribe, hizo que me remontara en mis recuerdos a Kierkegaard, en concreto a su obra *Mi punto de vista*, que tuve que leer en algún momento del pasado y rescaté de un estante alto de mi biblioteca. En ella volví a leer –es todo un ejercicio encontrar las cosas que uno subrayó en su día– su declaración de que él tiene

algo que ver con Sócrates: “a quien su demonio le prohibió defenderse. Porque hay algo en mí que hace imposible para mí, o imposible en sí mismo, llevar a cabo una defensa de mi trabajo como escritor”. Su trabajo de escritor, su manera de escribir, así, es algo que no puede defender, como si no fuera responsable de ello, algo que escapa a su control. Algo que se le impone y ante lo que no puede hacer nada. Uno no puede por menos que recordar aquello que dijo Borges de que trataba de intervenir lo menos posible en su obra escrita, lo que está muy bien dicho y tiene además algo de humorístico.

Esta mención a Kierkegaard para hablar del humor no es del todo casual, no en vano este danés está especialmente ligado a las llamadas pasiones tristes: la depresión, la angustia, la melancolía incluso. Pues bien, en Kierkegaard aparece un poderoso recurso para contrarrestar todo esto y no es otro que el humor, aunque sea un humor un poco negro el que tiñe toda su obra. Un humor también no pretendido, del que puede que no cayera del todo en la cuenta al tratar de ser tan serio. Con ello, descubrimos que el humor procede muchas veces de un espíritu atormentado, de un autor que no tiene nada de risueño, como en la paradoja del payaso triste.

Es muy normal, por otra parte, leer con el tiempo una obra seria como algo humorístico, y al revés. Incluso que vuelva a ser tenida como seria después de un periodo humorístico. El humor, en el caso de Kierkegaard, sería un lenitivo, una forma de escapar del horror. Una forma de soportar la vida. También cierto escudo contra el mundo, un disfraz. Hay quien en nuestros días tiene ya a Kierkegaard como el filósofo más divertido, lo que parece un poco exagerado. Pero relejendo *Mi punto de vista* compruebo cómo hay en él, que siempre habla en primera persona, sin escurrir el bulto, un guiño irónico, una forma de no tomarse del todo en serio a sí mismo, de presentarse como alguien torturado, que nunca encaja con los demás, como

un personaje que pide atención y nos suscita compasión. Cuando habla de su niñez, por ejemplo, dice que “hasta donde alcanza mi recuerdo, mi única alegría consistía en que nadie pudiera descubrir lo desdichado que yo me sentía”. Al referirse a su papel de predicador del cristianismo señala que “obligar a la gente a darse cuenta y a juzgar es característica del auténtico martirio”. Luego, cuando en una época decide recluírse, escribe que “cualquiera que llegase a mi casa podía fácilmente barruntar una situación de la que no debía de tener ningún barrunto”. Kierkegaard se presenta siempre como un tipo solitario, algo misántropo, pero adepto ante todo a la ironía, algo que considera no social, “porque una ironía que es de la mayoría no es ironía”, y cita el dicho de Aristóteles de que el hombre irónico lo hace todo “en atención a sí mismo”. A su juicio, la ironía es algo que tiene que ver con el talento individual, mientras que la vulgaridad es siempre popular. En su obra hay infinidad de menciones a ella y al humor, entendido en general como algo que surge del choque entre las aspiraciones humanas y las limitaciones y dificultades de la existencia. Un humor, a la postre, que surge del sufrimiento.

Parece que los contemporáneos de Kierkegaard se extrañaron mucho tras su muerte, al descubrir que aquel hombre jovial que se encontraban por la calle, siempre dispuesto a hacer un chiste y a burlarse de sí mismo, llevara dentro tal carga de amargura y dolor.

Esta cita sobre Kierkegaard y sus contemporáneos la encontré en un escritor bien conocido llamado Augusto Monterroso, genio de lo breve y también de una comicidad muy especial. “Desde pequeño fui pequeño”, escribió en una nota biográfica para presentarse, pues no era de mucha estatura. También cuenta que tuvo que salir de su país, Guatemala, en tiempos de la dictadura de Jorge Ubico por hacer una pintada que decía: